

mil cadaveres de americanos, hecha tumba funesta la campaña, sin que muriesen de nuestra parte en estas dos ultimas funciones sino unicamente dos soldados, (1) ¡imaginais vosotros, que los Gefes de la insurreccion, y toda la America unida (dado el caso politicamente imposible de que salgan con su intento) podrán resistir al impetu de la España misma, en primer lugar que se ha burlado gloriosamente de todo el colosal poder de Napoieon?

Y quando esto llegase á suceder, ¿podria resistir la America inerme, destituida de pericia militar, sin un solo Gefe digno de este nombre, poblada en la mayor parte de barbaros cobardes á las formidables legiones de la Francia, á las temibles esquadras de la gran Bretaña, ó al poder combinado de otras Potencias envidiosas, que sin duda partirian entre sí estos vastos y preciosos dominios? Y en este lance, que certisimamente se habia de seguir, siendo como es, la America la manzana de la discordia, decidme Pueblos alucinados, militares ignorantes, sacerdotes infieles á vuestro ministerio, que hasta hoy habeis trabajado con ambas manos, en destrozár las entrañas de vuestra Patria, ¿quienes serán los traidores á la America, á la España, y á la Iglesia? ¿Los gachupines que la ganaron derramando gloriosamente su sangre, que la ilustraron y fomentaron por tres siglos, que la han defendido; y defenderán de todo el mundo; ó los criollos, que atropellando todos los derechos mas sagrados,

[1] Es cosa particular que en casi todas las funciones, no han perdido los Ejércitos del Rey mas que un solo hombre: así sucedió en Puerto de Carroza, y soy testigo de que en Aculco sucedió lo mismo, así como en Guanajuato.

declaran la guerra á sus padres, á sus hijos, á sus hermanos, á su monarca, á su patria, y á su sagrada religion?

¡Entonces veriais conducir á los hombres mas honrados, á los ancianos debiles, á los delicados criollos, y aun á los Sacerdotes venerables por unas manos extrangeras, cargados de cadenas al trabajo de las minas, al cultivo de los campos y á los servicios mas afflictivos y humillantes! ¡Gemid, dirian los extrangeros, gemid americanos ingratos á vuestra nacion, desleales á vuestro Rey, desconocidos á una dominacion y legislacion tan suave, humana y justa como la de los Españoles! ¡Gemid, sin esperanza de mejor fortuna; esta es vuestra suerte desgraciada!

Mas para que no suceda un desastre tan lastimoso ¿qual deberá ser la primera diligencia? *Audite hoc Sacerdotes:* escuchad, Ministros del Altísimo, estas palabras de Judith: "*Quoniam vos estis Presbyteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima il lorum, ad eloquium vestrum corda eorum erigite.*" (2) Supuesto que vosotros sois Presbyteros en el Pueblo de Dios y de vosotros están pendientes las almas de los Pueblos, fortalecedlos con vuestros discursos y consejos; desengañadlos con vuestra catolica predicacion, y quando mas no podais huir á lo menos, á exemplo de San Atanasio, que en tal caso vuestra fuga para no comunicar con los insurgentes: *et non communicabo cum electis eorum*, será un elocuentísimo Sermon, con que enseñareis á los ignorantes, conservareis la fidelidad, desempeñareis vuestra obligacion, y no les extraviareis del camino de la verdadera gloria.

(2) Judith. 8. 21.

## NUMERO 155.

### Parte de D. José Mariano Jimenez al Sr. Allende, sobre la fuerza que ha reunido y movimientos que emprende.

Exmo. Señor.

Me hallo en el dia de la fecha de transito en el Real de Charcas, y mi Tropa en el pie de dos mil hombres, y voy á reunirme en Matehuala con Don Francisco Lanzagorta, Coronel del Potosi, que trae consigo quinientos hombres de á caballo, con cuyo refuerzo y el de tres cañones bien acabados con sus respectivas municiones, pienso atacar al enemigo, cuyo Ejército en el Saltillo dicen ser de ochocientos mil hombres. Ya oportunamente comunicaré á V. E., si el cielo me lo permite, el éxito de todo.

Suplico á V. E. me haga favor de dar libre al Europeo Don Juan Antonio de Unda, que va en-

tre los presos que se conducen en ese Ejército de V. E., por cuanto en estos contornos me he encontrado una general recomendacion de su persona, y en virtud de la amplia comision con que V. E. me ha distinguido, he protestado acallar tanto clamor que se me ha dirigido por estos vecinos por su libertad.

Deseo con ansia ver las letras de V. E. ya que mi fortuna me priva ver su persona, y que estas me informen un buen éxito en nuestras empresas.

Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general subalterno del Real de Charcas, Diciembre 8 de 1810.—*Jose Mariano Jimenez*, Teniente General de America.—Exmo. Señor Capitán general D. Ignacio Allende.

## NUMERO 156.

### Informe rendido por el Sr. García Conde al Virey, de las ocurrencias habidas durante el tiempo que estuvo prisionero en el ejército independiente.

Exmo. Sr.

Despues de la feliz victoria de Aculco que me dió milagrosamente la libertad, pensé pasar á esa ciudad para dar á V. E. noticias exáctas y circunstanciadas del manejo y proyecto de los enemigos que me habian llevado con su Ejército á todas partes durante el mes completo de mi prision; pero mejor aconsejado por el riesgo de vol-

ver á caer en sus manos lo suspendí proponiendome dar á V. E. por escrito puntual noticia de todos mis sucesos. La ocupacion de mi empleo, las marchas no interrumpidas, y la falta de comodidad en el campo, no me lo han permitido hasta tanto el dia de descanso que tenemos hoy en esta ciudad á donde hemos regresado del campo de Marfil, me proporciona la ocasion de verificarlo, esperando que V. E. me dispense, así la

digresion, como la falta de elegancia en honor de la verdad de quanto me ha acaecido.

Despues que merecí á V. E. el ascenso á Coronel de Dragones Provinciales de Puebla y el mando de las armas de la Provincia de Michoacan, salí de esa Capital en compañía de los Sres. Rul, y Merino el dia 3 de Octubre para la Ciudad de Valladolid, dia justamente que salia el correo de esta Capital y aumentaba el riesgo de caer en poder de los Insurgentes, por la noticia que nos habian dado de estar interrumpida la comunicacion en Acambaro: llegamos felizmente á la Hacienda de Apeo, distante dos leguas de Marabatio el dia 6, y por las cartas de recomendacion que llevabamos, adquirimos noticia de los Administradores de las Haciendas inmediatas para disponer nuestro transito con menos riesgo.

Todos unanimes nos dixeron, que el Pueblo de Acambaro estaba tranquilo, que iban y venian coches sin la menor novedad; y aunque fui de opinion que tomásemos caballos en Marabatio, y cruzar la Sierra por no tocar en Acambaro, se opusieron todos diciendome que seria hacerlos entrar en sospecha pues se sabia ya nuestra ida por el correo, y que en el caso de querernos coger saldrian á verificarlo por la misma Sierra, y que por tanto tenian por mas oportuno pasar disimuladamente por el arrabal del Pueblo sin hacer alto en él, y apostar tiros en el camino para hacer el viage con celeridad. Asi lo executamos; pero con la desgracia de estar ya vendidos por todos, hasta de los Cocheros que nos pusieron en el camino, los que nos hicieron remudar una mula á la entrada del Pueblo, y otra á la salida, suponiendo cansancio y enfermedad, de suerte que á dos leguas de haber pasado por Acambaro vimos venir como doscientos hombres á caballo para cortarnos, y mas de trescientos á pié por la cañada, habiendonos abandonado diez y seis Baqueros que pedimos de escolta, y sin mas defenza para la resistencia que la que podiamos hacer los seis individuos que ibamos en dos coches.

Nos apeamos prontamente y yo sin sombrero por no detenerme á cogerlo, teniendo en la mano una pistola, y desembainando parte del sable para hacer mas pronto uso de él en caso necesario: hice que todos los demás se pusieran tras de mí,

y apuntando la pistola al Torero Luna que venia capitaneando la gente, le mandé hacer alto á cosa de diez pasos, preguntándole qué queria, y á quién buscaba; pero á una seña, que yo no advertí, que hizo á los Indios otro que venia á caballo junto á él, empezaron á llover piedras tiradas con hondas sobre nosotros, y al querer sortear una que venia directamente me ganó Luna la accion por detrás dandome una lanzada en la cabeza que me tiró rodando en el suelo, sin sentidos, y quando volví en mí ya me encontré chorreado de sangre, y desarmado, y rodeado de una porcion de gente de á pié y de á caballo que me dieron una pedrada en la mano izquierda, otra en cada espaldilla, una cuchillada en la mano derecha, y otra en la oreja izquierda: de suerte, que aquella infernal canalla á pesar de verme indefenso no se saciaba de martirizarme: me ataron fuertemente con una reata, y llegando otro de sus mandones que les reprimió el trato que me daban, me hizo entrar en el coche con Rul, y Merino; éste gravemente herido en el costado izquierdo, y Rul con una cuchillada en la cabeza.

Entramos á las cinco de la tarde en medio de la griteria de inmenso Pueblo, que pedía nuestras cabezas, y acabar con todos los Gachupines: creímos que nos despedazaban; pero se reservaron nuestras vidas para mayores y repetidos insultos: nos metieron en un quarto del mezon rodeados de centinelas, y vino un cirujano á reconocernos las heridas; fué necesario á Merino, al cocinero de Rul, y á su asistente; y aunque primero determinaron dejar á Merino en el Pueblo hasta su restablecimiento lo hicieron salir poco despues que á nosotros, haciendonos continuar la marcha á las once de la misma noche para Celaya, donde llegamos á la una de la tarde, ó del dia inmediato, desfallecidos, y consternados, tanto de los dolores que las heridas nos causaban, como por ver la infamia de la Plebe, que nos amenazaba con las expresiones indecentes que pueden imaginarse.

Allí fué donde nos vimos del todo saqueados sin tener ropa con que mudarnos, y solo con el colchon que nos quisieron dejar; pero Dios nos deparó para nuestro consuelo al Lic. D. Carlos Camargo, que nos atendió en quanto pudo, faci-

litándonos un buen cirujano con todos los ingredientes necesarios á nuestra curacion, y el método que debiamos observar; una muda de ropa á cada uno que rescató de Acambareños, y 100 ps. para lo que á cada uno se nos ofreciese.

La mañana siguiente salimos para San Miguel el Grande, con los mismos insultos de la Plebe; y aun mayores, porque ibamos encontrando las divisiones del Ejército de Aldama, y todos nos recibian con los mismos vituperios, y amenazas.

A las seis de la tarde llegamos á una y media leguas de San Miguel, donde encontramos á Aldama (Mariscal de Campo entre ellos) y General de Ejército de á caballo, en mangas de camisa, con sable y un par de pistolas de gancho en el cinturon, sombrero blanco, y una manta ó frasa da sobre el arcion de la silla, quien despues de habernos hecho reconocer para ver si traíamos alguna arma oculta; con palabras muy indecentes nos hizo volver atrás, entrando nuevamente en Celaya á la una de la noche, sin darnos otro alimento que un posillo de chocolate al recoger nos, desde otro igual que al amanecer nos habian dado: ya desde entonces seguimos con su Ejército para los Pueblos de Acambaro, Sinapequaro, donde nos detubimos dos dias esperando los Ejércitos del Cura Hidalgo, y el de Allende, que se nos incorporaron.

Este me fué á visitar aquella misma noche acompañado de una numerosa guardia, y rodeado de doce, ó catorse Coroneles y Tenientes Coroneles de los suyos: espada en mano, que siempre lo llevaban en medio quando salia de su habitacion para qualquiera parte: nos hizo pasar á Merino, y á mí á otro quarto donde nos recibio con mucho agrado, y sentados los tres á vista de sus Gefes, siempre de centinela, entablamos una conversacion larga sobre los motivos de la Insurreccion: nos contó su historieta, pues asi la llamaba, reducida, á que de resultas de haber hecho critica de varias Gazetas nuestras, supo que por el Gobierno se le queria prender; y que no siendo justo que un hombre de sus circunstancias se dexase aprisionar por quatro Polizones, habia dado el grito con el Cura Hidalgo, con unos resultados tan felices, que ya contaba con mas de ochenta mil hombres sobre las armas, y los mas

en las Capitales de las Provincias ganadas, esperando solamente tenerlos á la vista para entregarse, como sucederia igualmente con todas las Tropas poseidas de los mismos deseos; porque el encono contra los Europeos era general, y justo, pues no era razon que una alhaja tan preciosa como ésta, se viese subyugada por unos hombres de tan pocos principios, como los que generalmente benian de Europa. Hasta aqui me vi en la necesidad de sufrirlo; pero tome la palabra demostrandole quan equivocado estaba sobre el concepto de las Capitales de las Provincias y nuestras tropas, que todos conocian la injusticia de la insurreccion, y las funestas conseqüencias que debia ocasionar en este Reyno: que el mismo principio de ella, segun me acababa de insinuar, manifestaba patentemente los malos resultados que debia tener, pues trataba de vengar un agravio particular con la ruina general del Reino; y que aun quando consiguiese el exterminio de los Europeos, que estaba muy distante de poderse realizar, debia esperar de una India muy sedienta ya de sangre, que no se contentaria con la Européa, sino que acabaria con los Blancos del Pais, principalmente por ellos que en punto á la alta de principios de Europeos trasladados aquí merecia mucha excepcion, pues en tiempos antiguos quando la navegacion ofrecia tantas dificultades pudieron venir algunos de baxas circunstancias, arrostrandolas todas por mejorar su suerte; pero ya facilitados los máres por el continuo comercio por una parte; y por otra las calamidades ocurridas en la Peninsula en estos ultimos tiempos, habian ocasionado la venida á este Reyno de Personas muy distinguidas, dignas de la mejor opinion pública.

A estas, y otras muchas razones que le expuse, hubo de convencerse, y confesar ser ciertas las fatales conseqüencias que debia prometerse éste Reyno por la insurreccion; pero que ya la cosa estaba hecha, y que no tenia remedio: consolandase con que en el caso de suceder, como yo lo temia, quedarian estos Paisés á favor de los Indios sus primeros dueños: y le añadió, que jamás llegaria éste caso; porque aun quando la España por las calamidades del dia no pudiese vengar su ofensa, habia otras dos naciones muy fuertes,

que qualquiera de ellas impediria á los Indios la posesion, y con unos trátos muy distintos de los que recibian de los Españoles.

Interrumpió ésta conversacion el General Aldama, dándole parte, con todo el tratamiento de Exa. de haber regresado la Partida del Torero Luna, que habia ido infructuosamente al alcance del Sr. Obispo de Valladolid, y contestó Allende con mucha afectacion, que sentia mucho se le hubiese escapado, porque deseaba darle pruebas de su verdadera estimacion, con esto nos despedimos, y me ofreció, que respecto á que marcháramos con el Ejército nos repetiría sus visitas.

La mañana siguiente llegaron de Valladolid un Canonigo de parte de la Catedral, un Regidor por el cuerpo de la Ciudad, y un Gefe militar por las armas á hacer entrega de la Ciudad al Cura Hidalgo, á donde nos dirigimos el inmediato dia con el Ejército, y segun nos aseguraron, suspendió el citado Hidalgo de sus Provendas á varios Canonigos por no haber salido á recibirlo; pero informado de no haber sido citados para su llegada los volvió en posesion.

A nosotros nos tubieron mas de hora y media, como era de costumbre, en medio de la Plaza y calle principal con el pretexto de no saber el alojamiento, oyendo los insultos y continua griteria de la plebe, hasta que al fin nos lo dieron en el Colegio de San Nicolás Tolentino, donde el Catedrático D. Francisco Castañeda nos trató con el mayor cariño, y caridad.

Desde entonces se nos vió con el mayor rigor, quitandonos toda comunicacion; y lo atribuimos á que Allende daria noticia al Cura Hidalgo de nuestra conversacion en Indaparapio la noche antes, pues todas las ordenes rigurosas nos venian del Cura.

Permanecimos tres dias en aquella Ciudad, y á la mañana siguiente entró en el Colegio el Mariscal Ballisa insultandonos á gritos á vista de mucha gente, diciendonos que eramos unos bribones, que habiamos hecho emponzoñar el Aguardiente de la Tienda de un Europeo que se habia saqueado: que los Indios se estaban muriendo en la Plaza por nosotros, y que habiamos puesto un Correo á México; le contestamos que no conociamos á nadie en la Ciudad para tomar semejantes

providencias, que se practicasen las diligencias mas exquisitas, pues todo era falso, y que en levantarnos semejantes testimonios no se podia llevar otro objeto que el de indignar mas la Plebe contra nosotros, entonces cogió la espada de un centinela para dar sobre nosotros; pero al retirarnos un páso atrás, se contubo y nos puso quatro centinelas con orden de embasarnos si hablabamos con alguno.

Aquella tarde hubo un alboroto en la Ciudad, porque quisieron impedir que la Plebe saquease las casas; pero como nosotros no sabiamos el motivo, temiamos mucho el resultado, pues se tiraron varios cañonazos.

Por la noche pidió el Conde Rul un confesor, y el Cura Hidalgo le embió un Fernandino, á quien concluida su confesion le pidió que confesase á su hijo; pero estando en ella, vino una orden de Hidalgo para que la suspendiese, y pasase á verlo.—Poco despues volvimos á oír alborotado el Pueblo y disparar la artilleria, nos cerraron la puerta del quarto dejando los centinelas de la parte de afuera: nos incamos á resar el Rosario, y nos bolvieron á abrir prontamente la puerta, poniendonos dentro quatro centinelas con orden de pasarnos de parte á parte si nos moviamos: no les hicimos caso, y seguimos rezando, y al concluir vimos seis soldados con achas encendidas puestos en semicirculo en la puerta, y entro un Ayudante del Cura llamandonos por nuestros nombres: *Garcia Conde, Rul y Merino* (creimos que nos habia llegado la hora) *quedense aqui, y salgan los demás*, que lo eran el Padre Ordanza que cogieron con nosotros en Acambaro, el Ayuda de Cámara de Rul y el hijo de éste por quien pidió su padre se lo dexasen y se le concedió; pero á los otros dos los juntaron con una porcion de Europeos que habia en otros quartos, y los llevaron todos á la Carcel á incorporarlos con otros muchos que habia allí.

Luego conocimos que el Ejército marchaba el dia siguiente, y que nos dejaban allí para salir con él; sin embargo de haber pedido lo contrario para podernos curar de las heridas; pero no se nos concedió.

Volvimos á Acambaro haciendo macion en los Pueblos de Indaparapio y Zinapecuaro, y allí

se hizo la gran promocion nombrandose el Cura de Generalísimo; Allende Capitan General, al Padre Balleza, á Ximenez, á Arias, y Aldama, de Tenientes Generales; y á Abasolo, á Ocon y á los dos Martinez de Mariscales de Campo, con cuyo motivo hubo Misa de gracias, y Te deun con repiques y salvas, y despues se pasó una revista al Exército, reducida á formar regimientos de 1000 hombres de á pie y de á Caballo, y pasaban de 80000. Los nuevamente ascendidos se pusieron sus uniformes y divisas, siendo el de Hidalgo un vestido azul con collarin buelta y solapa encarnada con un bordado de labor muy menuda de plata y oro, un Tali negro, tambien bordado, y todos los cabos dorados, con una Imagen grande de Ntra. Sra. de Gurdalupe de oro colgada en el pecho.

El de Allende, como Capitan General una chaqueta de paño azul con collarin, buelta y solapa encarnada, galon de plata en todas las costuras, y un cordon en cada hombro, que dando buelta en circulo se juntaban por debajo del brazo, con un boton y borla colgando hasta mediq muslo: los Tenientes Generales, con el mismo Uniforme, solo llevaban un cordon á la derecha; y los Mariscales de Campo á la izquierda.

Los Brigadieres, á mas de los tres galones de coronel, un bordado muy angosto, y todos los demás las mismas divisas de nuestro uso.

A todo el que presentaba 1000 hombres, lo hacian Coronel, y tenia tres pesos diarios: igual sueldo disfrutaba el Capitan de caballeria; y el soldado de á caballo un peso diario; y quatro reales el Indio de á pie. Los Generales y Mariscales de Campo, me decian que no tenian sueldo alguno; que antes bien habian gastado todos sus intereses: pero lo cierto es, que gastaban y triunfaban quanto querian, como que en los saqueos cogian anticipadamente lo mejor. Salimos el dia inmediato para Marabatio, y de allí para la Hacienda de Tepetongo que á poco de haber salido de esta poblacion hubo una alarma, diciendo que los Gachupines se iban apareciendo en la loma inmediata, con cuyo motivo se hizo abanzar el Exército, que segun el desorden en que marchaba siempre, y la gran cola que hacia era operacion de muchas horas, pues los Indios iban car-

gando sus hijos, carneros y quartos de Res: es de advertir que de los saqueos que hacian se llevaban las Puertas, mesas y sillas, y hasta las bigas sobre sus hombros.

Se llegó á nosotros el General Balleza y nos hizo atar á los quatro que ibamos en el coche; á pesar de que los Dragones de escolta resistieron á hacerlo, y hasta lloraban al tiempo de ejecutarlo.

El motivo de todo este trastorno no fué otro que el de dos Europeos escapados de una Hacienda, que vieron correr, los que ya cogidos se apaciguó el alboroto, y nos desataron.

Despues hicimos las jornadas á la Hacienda de la Jornada, Ixtlauaca y Toluca, sin novedad particular, mas de la corriente de los insultos y griteria continúa de los Indios.

A la salida de esta Ciudad, donde nos quedamos con el Padre Balleza despues de haber marchado el Exército, empezó la Plebe á saquear la casa de un Europeo, la que atacada por su guardia fué acosada y encerrada en el cementerio de la Parroquia, desde donde el citado Balleza empezó á predicar contra los Gachupines, diciendoles que no habian hecho mas, que quitarles el pan de las manos; pero que pronto serian los Indios dueños de todo, que ellos no trabajaban ni se exponian; con otras ideas; pero que no por eso debian saquear las fincas ni las casas, cuyos productos se repartirian despues con igualdad: que nuestra Sra. de Guadalupe era la protectora de su causa, y que ya que la habia comenzado felizmente, con la misma felicidad la concluiria: les tiraba puñados de medios de quando en quando, alternandoles con las voces de: *mueran los Gachupines*: de suerte que juntó multitud de plebe, y se marchó con su guardia dejandonos á su discrecion, porque solo teniamos una corta compañia de escolta repartida en dos coches muy distantes uno de otro, y amarrados por los insultos y griteria de ser despedazados.

Allí me tomaron los Indios de su cuenta empuñados en que yo era el General Calleja, y así se me amontonaban diciendose unos á otros: *mira, mira, ese descolorido y descabrado es el bribon de Calleja: á perro ahora no te has de escapar*; y otras insolencias mucho mayores, que